

SECTARISMO Y SERVILISMO

Uno de los males terribles del sistema social en que vivimos es el sectarismo, esa competitividad insana y mal entendida. Una sociedad sin consensos, es una sociedad que no avanza. Se quejan los ciudadanos de que se sirve más a los intereses del partido político de turno que a los intereses generales de la sociedad, y es verdad que en algunas ocasiones prima más el desgaste del contrario y el conseguir el sillón del poder que el apoyar una propuesta que haga avanzar al conjunto de los ciudadanos; donde no se mira la bondad y viabilidad del proyecto o la necesidad del recurso sino quien lo propone. Y además, cuando la consigna del “todo vale” se pone en circulación, hay quienes pierden las formas y llegan a las descalificaciones; los que tergiversan la objetividad de los datos; quienes se escudan y parapetan siempre en los otros para ocultar sus propias lagunas y errores; los que orquestan campañas de desprestigio de la persona y labor del otro. Lo que es un craso error, porque la verdad para que sea justa, debe siempre ser compartida. Hacen falta esfuerzos por alcanzar consensos y acuerdos, por proponer iniciativas, por buscar alternativas a los conflictos, por sentarse a la mesa con ánimo de concordia. Los ciudadanos están cansados de frases altisonantes, de discursos huecos, de gestos a la galería. Hace falta buena gestión, y disposición al diálogo.

Y otra de las lacras de nuestro sistema de partitocracia, es el servilismo reinante en numerosos ámbitos de la vida pública y de las administraciones. La doctrina del “come y calla”, del que se mueva no sale en la foto, del “si eres sumiso contaremos contigo”. Me comentaba recientemente un alto cargo de la Administración que ningún partido político debería admitir a personas con cargos públicos si previamente no tienen una profesión propia o una manera distinta de ganarse la vida. Ser dependiente para comer del partido, significa muchas veces hipotecar el propio criterio. Y nos ha costado mucho vivir en libertad para perderla por el sistema. Y realmente faltan profesionales cualificados que quieran dedicarse a la vida pública, y sobran personas dependientes de la misma.

Servir a la propia conciencia, a los ideales en los que uno cree, a los ciudadanos como únicos jefes del propio trabajo de un servidor público, no debe ser un lujo esporádico sino una necesidad vital de la que muchos, con seguridad, no disponen.

(24.08.06)